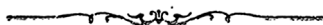


ELOGIO FÚNEBRE DE CERVANTES.¹



Señoras y Señores:

La Academia cervántica española, el Ateneo científico, literario y artístico de Vitoria y el elemento militar de la Ciudad conmemoran con este festival solemnísimo, realzado y embellecido por una lucida representación del sexo femenino, el aniversario 272 de la muerte del más peregrino de los ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra. Mas la crítica escéptica, que en todas partes se la encuentra, hará acudir tal vez á los labios de algunos de los que teneis la dignacion de escucharme en estos momentos, las siguientes preguntas: ¿Qué mérito extraordinario encierran la vida y obras de ese pobre militar lisiado, de ese humilde novelador, de ese mísero Adán de los poetas, como él mismo se apellidaba, para tanta bambolla y aparato? y dado que reconozcamos sus relevantes merecimientos, pase que la antigua Compluto y la capital de España, lugares de su nacimiento y muerte, y aun si se quiere la gran ciudad del Pisuerga, la antigua corte castellana, juntamente con las perlas andaluzas Sevilla, Cádiz, Málaga y Granada y otras poblaciones por el estilo, en desagravio de su ingrata hospitalidad, nada tiene de extraño, diréis, que en tal día como hoy consagren á Cervantes tal cual oracion fúnebre, tejiéndole guirnaldas de siemprevivas y aun coronas de laurel.

(1) Publicamos con el mayor gusto el elogio fúnebre pronunciado por nuestro distinguido colaborador y amigo D. Julian Apraiz en la conmemoracion celebrada en el Teatro de Vitoria el día 23 de Abril del corriente año, en honor del Principe de los ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra, cuyas aficiones a las gentes y cosas euskaras ha sido el primero en dar á conocer el ilustrado cervantista vitoriano. en su curiosísimo y contundente *Cervantes bascófilo*.

Pero el país basco, jamás visitado por ese errante viajero, conocedor de casi todas las regiones de las dos Hesperias y aun de parte del Setentrion arenoso del Africa, la tierra de los euskaldunas, presentada, segun es fama propagada por ilustres cervantistas, al escarnio y chacota de los siglos, ora con burlescos remedos de su bárbaro lenguaje, ora con grotescas situaciones producidas por el carácter atrabiliario y terco de sus habitantes, ora elevando el tono á amargas quejas, censuras ágras y mordaces sátiras contra las adulaciones rastreras de los bascongados, propias para desvanecer á los poderosos y acaparar los más pingües destinos de la generosa nacion española; estos alabeses, guipuzcoanos y bizcainos ¿qué tienen que ver con el nobilísimo soldado castellano, sino motivos mútuos de mortificacion y alejamiento?

¿Y no habrá todavía alguno de vosotros que en este momento esté pensando en lo inadecuado, inoportuno y aun insensato de que el bello sexo tome parte en esta velada, y las austeras virtudes femeninas concurran á la apoteosis del desenfadado pintor de las Molineras y las Tolosas, las Maritornes y las Claudias, las Cristinas y las Brígidas y otras mil sabandijas humanas, de cuyo trato es lícito suponer participase el mismo artista, cuando tan bien las conocia?

¡Ah, señores, no creais que este bosquejo que, en forma de hipotético interrogatorio acabo de trazar, es un mero artificio retórico, ideado con el fin de interesaros en el asunto que voy á desarrollar, por encargo de esta Junta organizadora del festival que aquí nos congrega! No. La lealtad, que es siempre mi norte, me obliga á declararos que todo eso y mucho más se ha dicho en desdoro de nuestro Miguel y en desprestigio indirecto del acto tan justo como solemne que ahora realizamos.

Pero, señores, es tan burdo, tan destituido de fundamento y se halla tan triturado todo lo que el error y la malicia han fraguado contra Cervantes, que no me tomaré el trabajo de examinarlo. Por otra parte, de las prolijas investigaciones de los Mayans, Rios, Pellicer, Navarrete, Aribau, Benjumea, Morán, Tubino, doctor Thebussem, Mainez, etc., etc., ha resultado, sobre todo en lo concerniente á la honra del Manco de Lepanto, que esta ha quedado tan inmaculada, tan limpia y esplendorosa como el refulgente sol de mediodía.

Corramos, pues, un velo sobre las injustas enemistades de Blanco de Paz, Fr. Luis de Aliaga y el encaretado Avellaneda, y sobre las ingraticudes, reticencias y alusiones despectivas de Lope, los Argensolas,

Góngora, Villegas, Alarcon, pseudo Andrés Perez, etc., etc.; hijas, después de todo, de la humilde posición social del pobre Saavedra; así como sobre las erróneas censuras posteriores de los dos Zabaletas. Mas creedme, que si con verdadero placer me aparto de estas odiosidades, con sincero sentimiento he de prescindir también de entrar en el análisis de las obras cervánticas, por no permitirlo el escaso tiempo de que dispongo; limitándome á hacer constar en este punto que hoy la crítica no vacila en afirmar que en todas ellas brilla el destello del gènio: en cuanto al incomparable «Don Quijote de la Mancha», todo el mundo lo considera como una de las mejores obras del humano ingenio, é indudablemente como el más acabado de los libros de amenidad y entretenimiento; de suerte, que ampliando un tanto el delicado pensamiento de un crítico extranjero (Sismondi) me atrevo á aseguraros «que para los que han leído el «Quijote» todo lo que de él se diga es pálido: en cuanto á los que no lo conocen, hay que envidiarlos, pues aun les falta experimentar uno de los más grandes placeres de la vida.»

Y siendo esto así ¿qué de extraño tiene que celebremos hoy tan notable aniversario, cuando una efeméride como esta es una fiesta nacional en Inglaterra en honor de Shakespeare, en Italia por el Dante y en Alemania por Schiller y Goethe?

Volviendo ya la vista á mi punto de partida, propóngome demostraros que el *Ejército Español, el País Vasco y la Mujer Cristiana* tienen motivos especialísimos para honrar la memoria de quien es verdaderamente una honra nacional: he aquí mi pensamiento. Para desarrollarlo, reduciré á las dimensiones de una breve y ordenada oración, lo que abarca extensión é importancia suficiente para cien discursos, tratando dichos tres puntos con la sobriedad á que teneis derecho, para no abusar de vuestra probada benevolencia y cortesía, que bien las necesito, siendo en cierto modo á ellas acreedor, siquiera por lo angustioso y apremiante del plazo de que he dispuesto para este cometido.

Todos conoceis perfectamente el hecho culminante de las empresas militares de Cervantes: ante él, en efecto, palidecen y se eclipsan todos los demás encuentros de mar y tierra en que tomó parte en su azarosa vida de soldado, que duró 13 años (incluyendo los cinco de su cautiverio), desde su alistamiento, á las órdenes del general romano Marco Antonio Colonna, en 1569, hasta después de las empresas de

Portugal y las islas Terceras, en 1582. El hecho á que me refiero está en los labios de todos: es la batalla de Lepanto, *la más alta ocasión*, como con legítimo orgullo decia el pobre manco, que *han visto los siglos pasados y presentes y esperan ver los venideros*. Por algo, señores, se ha dicho que hablar de Cervantes es hablar de Lepanto. ¡Oh, quién poseyera en estos momentos la lira de oro del divino Herrera, para cantar con él *al Señor que en la llanura—venció del ancho mar al trace fiero!* ó ¿quién pudiera si no tomar sus colores en la mágica paleta del mismo Cervantes, que con tal maestría pintó en sus obras algunos combates navales, para describir ese terrible choque de dos armadas poderosísimas, que produjo la muerte de más de treinta mil combatientes y cuyo resultado fué el triunfo completo de la Cruz sobre la media luna? Baste decir que Cervantes, que á la sazón (7 de Octubre de 1571) frisaba en los 24 años, formaba parte de la dotacion de la galera Marquesa, la cual se vió tan comprometida, que, despues de perder muchos hombres y á su mismo capitan, Francisco San Pedro, necesitó el auxilio directo del mismo rayo de la guerra el Marqués de Santa Cruz. Cervantes peleó con sin igual bravura y denuedo, sacando dos balazos en el pecho y uno en la mano izquierda, de cuyas consecuencias quedó estropeado de dicho brazo, despues de pronunciar aquellas sublimes palabras, en contestacion á su capitan y compañeros que le disuadian de que tomase parte en la lucha por hallarse atacado de calenturas: «más vale pelear en servicio de Dios y de S. M., y morir por ellos, que bajarme so cubierta.»

¿Quién no conoce igualmente el cautiverio de Cervantes en Argel por el apresamiento de la galera Sol en que regresaba á España en Setiembre de 1575? Sus extraordinarias tentativas para salvarse con sus compañeros, los grandes riesgos en que por esta causa se viera muchas veces, su arrojo, generosidad y proceder magnánimo durante los cinco años de su prision, hasta que fué rescatado por el nobilísimo fray Juan Gil, á nombre de los religiosos Trinitarios, son asunto digno de la trompa épica.

Ved, pues, si este soldado valentísimo, no por oscuro ménos héroe, y que á esta circunstancia y á la de ser un eminente literato reúne la de enaltecer á cada paso la honrosa profesion de las armas, merece que el Ejército Español, tan pundonoroso como ilustrado, se asocie á los admiradores del manco sano y regocijo de las musas, á fin de tributarle toda suerte de homenajes, como lo hace la guarnicion

de Vitoria, en esta noche, luciendo sus uniformes y galas militares, y, lo que es más, poniendo á contribucion sus músicas, sus aficionados á las representaciones escénicas, sus fáciles poetas y concienzudos escritores.

He afirmado tambien que el culto y devocion de las provincias bascongadas en general (y el especial de Vitoria al conmemorar anualmente esta simpática efeméride desde 1872) hácia la persona del ínclito alcalaino tiene su justificacion en las tiernas y cariñosas demostraciones que constantemente dispensó este varon esclarecido á los hijos de la Euskal-erria; y esta verdad se hace tan obvia y palpable á los que hayan leído todas las obras de Cervantes, que solo se conciben las erradas opiniones contrarias de los ilustres cervantistas don Juan Antonio Pellicer, D. Diego Clemencin y D. Aureliano Fernandez Guerra, teniendo en cuenta su pretericion de ciertos pasajes de aquellas en que explicita y terminantemente se encomian los hijos ilustres, las aptitudes brillantes y las costumbres virtuosas de la Euskaria, interpretando malamente otros pasajes festivos, inocentes unos, encomiásticos otros y favorables todos en conjunto. Como en otras ocasiones he tratado por extenso este punto, no temais, señores, que vaya á reproducir ahora las cien páginas que sobre el bascofilismo de Cervantes tengo impresas, pues lo considero de todo punto innecesario, prometiéndome llevar á vuestro ánimo el firmísimo convencimiento que abrigo, con algunas breves pero concluyentes reflexiones,

Al rasgo satírico ó irónico que Pellicer y Clemencin encuentran en la segunda parte del *Quijote*, suponiendo que en las palabras dirigidas por Sancho á uno de sus súbditos de la ínsula Barataria «con la añadidura de bizcaino podeis ser Secretario del mismo Emperador» y «como buen secretario y como buen bizcaino podeis añadir lo que quisiéredes, etc.» se encierra una oculta censura á la impericia de los bascongados para escribir en castellano; contesta el mismo Cervantes de dos modos: 1.º con un terceto del *Viaje del Parnaso* (escrito al mismo tiempo que el tomo segundo del *Quijote*) en que, presentando en escena al dios Mercurio con la lista de los buenos poetas, dice:

Sacó un papel, y en él casi infinitos
Nombres ví de poetas en que habia
Yangüeses, bizcainos y coritos:
Allí famosos ví de Andalucía,
Y entre los castellanos ví unos hombres

En quien vive de asiento la poesía.

Por cierto, que de los poetas bascos que contenía aquella lista, solo conocemos hoy á D. Juan de Jáuregui, su íntimo amigo: el que no lo fué ménos D. Alonso de Ercilla, militar, poeta y desgraciado como Cervantes, no es aquí citado por haber ya muerto; pero sí lo es con encomio en otras obras. El segundo modo con que el mismo Cervantes quita todo carácter irónico á las frases del buen Panza, es escribiendo unos versos encomiásticos, para publicarse en la *Direccion de Secretarios* del hijo de Orduña, Gabriel Perez del Barrio Angulo, que comienzan así:

Tal Secretario formais,
Gabriel, en vuestros escritos
Que por siglos infinitos
En él os eternizais.

Precisamente esta composicion (Madrid 1613) se publicó tambien cuando tenia Miguel en sus manos la segunda parte del *Quijote*. Tampoco Fernandez Guerra prueba, ni remotamente, que Cervantes se condoliese con amargura del irritante monopolio de los bascos para los cargos públicos; y claro está que no podia tener celos de ninguna clase de que el Gran Cárlos V,—otro apasionado bascófilo—tuviese en la gran estima que los historiadores admiran, á su ilustre Secretario bizcaino Martin de Gaztelu, á quien indudablemente alude en el pasaje citado nuestro Cervantes, refiriéndose á una época en que aun él no habia venido al mundo.

En fin, yo os aseguro, bajo mi palabra, que no hay un solo pasaje en las obras cervantescas en que aparezca ni á cien leguas la supuesta ojeriza del autor de las mismas hácia los bascos; y ántes al contrario, el trato frecuente que tuvo con muchos hijos de estas montañas, de todas clases y categorías, y en especial con su grande amigo y próximo pariente (segun reciente descubrimiento) el benemérito historiador Esteban de Garibay y Zamalloa, hijo de la cercana villa de Mondragon, no solo le hizo aprender muchas palabras del bascuence, sino aficionarse, para regocijo de todos sus lectores y más aún de nosotros mismos que lo entendemos mejor, á ese graciosísimo remedo de las clases inferiores de nuestra tierra cuando chapurrean la lengua que hoy por antonomasia llamamos de Cervantes; encariñándose éste sobre todo con las virtudes y costumbres de la nacion bizcaina, tan *puntual y bien morada*, segun sus propias expresiones de *La Señora Cornelia*;

obrita suficiente por sí sola para echar por tierra definitivamente todo cuanto pueda imaginarse sobre el supuesto anti-bizcainismo cervántico, pues en ella se exhala tal perfume de gratitud y delicadas atenciones hácia nuestro país, que no parece sino que los simpáticos jóvenes bsscongados D. Juan de Gamboa y D. Antonio de Isunza eran verdaderos seres de carne y hueso, que dulcificaron con algunas horas de solaz y esparcimiento los eternos días de angustias y zozobras del más ilustre juguete de la ciega fortuna.

Dignaos asistir conmigo al último cuadro que voy á presentaros, y perdonadme si no llevo este discurso con toda la celeridad que ardentemente deseo.

¡Cuántas veces ha salido á la estampa la descripción de la casa habitada por Cervantes frente al Rastro, en Valladolid, en el año celebrísimo en los fastos literarios por la publicación del *Quijote*, que se contaba el quinto en el siglo décimo séptimo! Un acontecimiento desgraciado, la muerte del galanteador caballero D. Gaspar de Ezpeleta, herido en riña nocturna á las puertas de aquella misma casa, si produjo lágrimas y disgustos y pudo por ello entregarse la honra de aquella ejemplar familia al pasto de la maledicencia pública, en los momentosismos en que una mina de oro se abría á los pies de los mercaderes de libros con la quijotesca Historia, que solo redituaba para su autor algunos miserables maravedises, ha dejado en cambio para la posteridad (merced al proceso completo que se custodia en la Academia de la Historia), descubierto á la luz del día un hogar tan puro, tan lleno de virtudes de todo género, que al acercarse hay que descubrir la cabeza, y al penetrar en él, casi se siente uno tentado á postarse de rodillas como en un templo. Yo podría describiros aquí, como lo ha hecho un cervantista en estos días, el mobiliario aproximado de la vivienda; pero figuráos el ajuar mas pobre de la más humilde casa de la clase media, y tendréis hecha la pintura deseada; añadiendo, como figuras del cuadro, un anciano, no tanto por los años, pues aún no había cumplido los 58, como por sus muchos sufrimientos, su esposa y dos hermanas de mediana edad, una hija de Miguel y otra de una de sus hermanas, con una jóven sirvienta: total, siete personas.

Pues bien, contemplad ahora á esas cinco mujeres cansándose la vista día y noche y enrojeciéndose los párpados en el humilde oficio de costureras, ocultando todas las privaciones y animando al jefe de la

familia, quien lleno á su vez de cariñosa solicitud, despues de trabajar tambien en la profesion que hoy podríamos llamar de memorialista, no consiente que aquellas señoras descendan á ciertas groseras faenas y menesteres domésticos y exige la ayuda de una criada, aunque la partida de este gasto haya que tomarla del alimento cotidiano: de este modo el órden, el sosiego y la paz de la casa de Cervantes ocultan en el fondo una gran escasez con todos sus rigores, siquiera sean mitigados por la más acendrada resignacion cristiana. Reflexionad despues sobre la elocuencia del hecho de que una señora como Doña Catalina Palacios Salazar admita en el hogar del matrimonio á la niña Isabel, que aun cuando algunos han supuesto piadosamente ser simplemente una huérfana recogida por la caridad, lleva al fin y al cabo el apellido de Saavedra; añadid á este hecho la consideracion de que esta señora, durante treinta años y cuatro meses, es el consuelo de su esposo, y convenid conmigo en que no es aventurado asegurar que hallaria exacta correspondencia y virtudes domésticas extraordinarias en aquel génio siempre abatido por los reveses del infortunio. Ved tambien, con qué ardiente caridad salta del lecho á una simple llamada de su vecino y pariente el sacerdote D. Luis del Garibay, para socorrer los dos juntos al mal herido Ezpeleta, y la asiduidad y abnegacion con que Magdalena, la virtuosa hermana menor de Miguel, asiste y conforta en sus últimas horas al malogrado doncel nabarro.

¿Cuál, pues, no sería el prestigio de aquel varon excelso, y cuál el respeto y amor de aquellas señoras hácia el cabeza de familia, cuando este pudo conciliar cosas tan inconciliables en la vida como dos cuñadas, una sobrina y una hija natural, protegidas y amparadas bajo el mismo techo por la austera virtud y poderosa égida de Miguel y Catalina? El respeto, el fervor y la admiracion más sincera sobrecogen mi ánimo, como creo que se apoderarán de vosotros al contemplar este cuadro de sublimidad que infunde santa veneracion y asombro. Verdad es que no otra cosa habia aprendido Cervantes de su santa madre D.^a Leonor de Cortinas, al sacrificar todo su reposo y bienestar por el rescate de sus hijos Rodrigo y Miguel, á cuyos dispendios contribuyera tambien la hermana Andrea, recogida ahora, ya viuda, juntamente con su hija, en justa reciprocidad fraternal.

Fijáos, por último, en el aroma de honestidad y culto platónico de Cervantes hácia la mujer, y convendréis conmigo en que si alguna pintura ó alguna expresion de las obras cervantescas discuerda de la

delicadeza de forma que generalmente domina en nuestros días, es todo completamente debido al uso corriente en aquel tiempo, en el que sin vacilar podemos colocar á Cervantes como el más casto de todos los novelistas contemporáneos; manifestando él mismo tal empeño y decision en punto á moralidad, que con profunda conviccion y limpieza de sentimientos y con toda solemnidad asegura en sus *Ejemplares* «que si por algun modo alcanzara que la leccion de estas novelas pudiera inducir á quien las leyere á algun mal deseo ó pensamiento, ántes me cortára la mano con que las escribí que sacarlas en público.»

Ahora bien, respetables señoras mías, y en especial las bascongadas, que hace cerca de trescientos años habeis merecido respetuosos saludos de Cervantes, principalmente al calificar de loable la costumbre de los hijos de este país, de venir, aunque sea de lejanas tierras, á casarse con sus paisanas, ¿no os parece que tenia yo razon al anunciaros que la vida íntima de Cervantes, el cristiano ingenio, segun frase de su mismo tiempo, tenia algo que os tocaba muy de cerca? ¿No es verdad que interesa sobre manera á la mujer cristiana todo lo que se refiera á la dignificacion y santidad del hogar?

Aquí pudiera, y tal vez debiera concluir; pero os ruego, señores, que deis un paso más en el calvario de Cervantes, acompañándome hasta su lecho de muerte, y despues hasta su tumba, que siendo el epilogo de su vida lo será tambien de esta desmayada peroracion. Han pasado once años y estamos en Madrid, en una casa de la calle de Leon, por el estilo de la de Valladolid: allí veréis que el valeroso soldado de Lepanto, el heróico prisionero de Argel, el hombre toda su vida magnánimo, aparece ahora sublime, conservando toda la integridad de sus facultades, toda la energía de su inteligencia, todo el gracejo y buen humor que ni aun en este trance le abandonaron, y esa constante gratitud en él característica ante beneficios insignificantes para sus merecimientos. El que lea su carta al arzobispo de Toledo, su Prólogo del *Persiles* y la dedicatoria al conde de Lemos, documentos escritos en los últimos dias de su vida, hallará completamente comprobado este aserto: sobre todo esa tan conocida carta-dedicatoria á su Mecenaz es de lo más hermoso y original que puede presentarse, y no resisto á la tentacion de recordarla. Dice así: «Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo*, quisiera no vinieran tan á pelo en esta mi epístola,

porque casi con las mismas palabras la puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
 Con las ansias de la muerte,
 Gran señor, esta te escribo.

Ayer me dieron la extrema-uncion y hoy escribo esta: el tiempo es breve; las ansias crecen; las esperanzas menguan, etc.» y así va extendiéndose, sin más objeto que dar la bienvenida á su protector y manifestarle su gratitud hasta más allá de la muerte, según sus propias palabras.

Cuatro días despues, el sábado 23 de Abril de 1616, abríanse de par en par las puertas de la iglesia del convento de Trinitaria en la calle de Cantarranas, para que pasase un féretro que traian en hombros cuatro hermanos de la Orden Tercera. El cuerpo que en él venia estaba amortajado con el mismo sayal, como que además de ser esclavo del Santísimo Sacramento habia ya profesado el difunto en dicha religion, en agradecimiento á los que tomaron parte decisiva en su rescate de Argel.

Por todas estas señas, y aunque el rostro se halla hinchado por la hidropesía y desfigurado por la muerte, sabeis que aquel cadáver representaba los restos mortales del insigne soldado de Lepanto y el más insigne de los escritores pátrios, que algunas horas ántes habia entregado su espíritu al Creador con la sonrisa de justo. Pero ¡oh Cervantes! si el 23 de Abril de mil seiscientos diez y seis pudieron creer los transeuntes y curiosos de Madrid que tropezaron al acaso desde la calle de Leon á la de Cantarranas con vuestro piadoso cortejo, que la losa del sepulcro iba á hacer olvidar para siempre una existencia extinta; el 23 de Abril de 1888 atestigua y patentiza que aquel día entrasteis en el templo de la inmortalidad, y que vuestras admirables obras literarias, y principalmente el *D. Quijote de la Mancha*, reproducidas por millones de volúmenes en todas las lenguas de la tierra, son el pedestal grandioso de vuestra excelsitud y gloria inextinguible.

HE DICHO.

